

GOODY, Jack. *El robo de la historia*. Madrid: Akal, 2011. 350 pp.

Llega a los lectores en lengua española el esperado libro de Jack Goody, antropólogo –o “sociólogo comparado” como el propio autor admite– que lleva el expresivo título de “El robo de la Historia”. Con el habitual retraso respecto de la edición original (Cambridge University Press, 2006), y algo menos frente a la traducción francesa (Gallimard, 2010), este libro de 350 densas páginas es una muestra más de la conocida solvencia del profesor emérito de Cambridge, uno de los científicos sociales más admirados por el que esto suscribe. No parece exagerado afirmar que es el antropólogo vivo más importante, y uno de los más comprometidos e inquietos de la disciplina en el último tercio del siglo XX.

He de decir que la edición española gana respecto de la de Gallimard. La de Akal evita un subtítulo tan innecesario como “Comment l’Europe a imposé le récit de son passé au reste du monde”. Además, la edición española recupera la estructura original del libro que inexplicablemente aparece trastocada en la edición francesa con las partes primera y segunda del libro intercambiadas. El contenido, tal y como está estructurado en las ediciones inglesa y española tiene un sentido progresivo que hace coherente la naturaleza heterogénea de los textos que componen el volumen. Goody no oculta que el libro nace de la reunión de diversos trabajos previos, particularmente de contribuciones a distintas reuniones científicas. Aunque en algún momento el libro se resiente en las inevitables costuras, el resultado es notablemente sólido y coherente.

Aunque parezca un dato menor, la traducción española también recupera para la cubierta un grabado de Utagawa Hiroshige (1797-1858) cuya elección por parte de Goody no parece casual y que los franceses han considerado superflua. En la edición inglesa encontraremos el famoso grabado titulado “El mar de Satta”, cuyo original pertenece al British Museum, mientras que la editorial Akal ha optado por otro del mismo autor todavía más expresivo de unos arrecifes en Naruto, provincia de Awa. En este último caso, por razones de composición, ha quedado fuera del encuadre un magnífico remolino que habría reforzado aún más el espíritu crítico del trabajo de Goody. Hay mucha verdad en estas marinas japonesas y cualquiera de ellas evoca alguna de las ideas-fuerza del libro como la inconsistencia de la presunta primacía occidental en las manifestaciones más expresas de eso que llamamos civilización humana, caso del Arte (en mayúsculas). La potencia y calidad de las obras pictóricas del estilo *ukiyo-e* asombraron e influyeron notablemente en algunos de aquellos artistas occidentales –Monet, Degas, Van Gogh, Matisse, Kilmnt– que hoy se blanden –explícita o implícitamente– como prueba de nuestra pretendida superioridad frente a lo oriental. La universalización de la cultura occidental ha provocado –y en esto tomo las palabras de Ruth Benedict– que percibamos la misma en términos de necesidad e inevitabilidad y, en consecuencia, hayamos dejado de explicarla históricamente. A través de acreditadas excepciones de la historiografía occidental, Goody se enfrenta a este doble reto.

Esta superioridad del eurocentrismo –u occidentalismo– es relativizada una y otra vez por Goody no tanto en la denuncia de las múltiples apropiaciones occidentales, como de la omisión de los vínculos o incluso de las raíces “orientales” de Occidente. En su libro, Jack Goody –siguiendo a Nina Jidejian– alude al mito fenicio de Cadmos. Parece apropiado recordar que en la mitología griega este héroe fundador y civilizador tendrá una hermana llamada Europa, secuestrada y forzada por un dios que no podía ser sino griego.

La editorial Akal, en suma, recupera el original inglés en una buena traducción que desmerece en una desafortunada referencia a la molienda del “maíz” en la Europa altomedieval (página 91). Aunque cierto es que en el original inglés hallamos el término “corn”, la traducción estricta del texto habría sido la de “cereal” (los franceses apuestan por “grain”); así lo imponen la acepción principal del término en lengua inglesa y la necesidad de evitar tan burdo anacronismo. También podría haberse apostado en el título por un enfático “Historia” en mayúsculas que insistiera en el carácter historiográfico de esta obra.

Los diez capítulos con los que cuenta el libro están organizados en tres partes que se pueden leer en una sucesión cronológica, especialmente los siete primeros. Es en su conjunto una obra de crítica historiográfica en la que el autor, que ya ha abordado en trabajos anteriores la visión europea del *Otro* oriental de forma más amplia, se centra no tanto en las fuentes o en las visiones históricas como en las interpretaciones de historiadores contemporáneos. En este sentido el libro es a un tiempo homenaje y crítica a historiadores a los que Goody reconoce brillantez y magisterio, cuando no las dos cosas. Su admiración es expresa respecto de Childe, Braudel, Anderson, Laslett, Wallerstein, Hobsbawm y Finley, entre otros clásicos modernos, y se apoya aún más en autores también contemporáneos como Bernal, Needham, Burke, Fernández-Armesto o Whickham. Su aproximación es, como digo, respetuosa y crítica, al tiempo que varios de sus capítulos se convierten, en realidad, en ensayos monográficos de algunos de estos historiadores, ya que como tales, todos deben ser considerados a pesar de que Joseph Needham y Norbert Elias fueran bioquímico y sociólogo respectivamente. Los sólidos conocimientos historiográficos de Goody apenas olvidan autores u obras fundamentales, particularmente entre los historiadores más destacados de la escuela marxista británica, de los que sólo se echa en falta la presencia de Edward P. Thompson. A pesar de sus afinidades, no falta en Goody una expresiva crítica al materialismo menos fino, caso del recientemente fallecido Aidan Southall, antropólogo de Cambridge como él. Tampoco evita nuestro autor la crítica al occidentalismo presente en otras corrientes historiográficas, aunque es de agradecer que Goody realmente dedique sus esfuerzos a autores verdaderamente relevantes. Gracias a ello este libro no se agota en las incongruencias teóricas de autores como Trevor-Roper y tantos otros positivistas, camino que hubiera sido más cómodo de recorrer pero mucho menos fructífero.

En lo que atañe a lo que mejor conoce el que esto escribe, poco hemos de objetar a la selección de medievalistas –con Marc Bloch a la cabeza– para las temáticas y escala que preocupan a Jack Goody. Como en trabajos anteriores, Goody recurre a pocos autores de lengua española: en su bibliografía apenas hallaremos dos ara-

bistas, Miguel Asín Palacios y María Jesús Viguera, con traducciones o trabajos en lengua inglesa. Ciertamente es que nuestra tradición académica ha fomentado poco el uso de una lengua distinta a la materna, y que tampoco ha creído necesaria la difusión internacional de nuestros resultados científicos. El libro de Goody apunta más a nuestras carencias que a las suyas. Pocos medievalistas españoles echamos en falta –quizá a Juan Gil Fernández–, y no muchos más del ámbito internacional aunque hubiera sido pertinente aludir a los trabajos de referencia de Aaron Gurevich en relación al individualismo europeo. También se omiten dos influyentes debates historiográficos propiciados por la recepción de sendos trabajos de Guy Bois y Robert Brenner sobre distintas “transiciones” del feudalismo. Lo cierto es que ninguno tiene que ver con la centralidad de los problemas que preocupan a Goody, al menos no en la escala por la que él apuesta que es, salvedad hecha del continente americano, una escala mundial. Más importante es la omisión del debate suscitado por la obra del bizantinista John Haldon a partir de los trabajos clásicos de Samir Amin sobre el modo de producción tributario. Este debate, en el que ha participado activamente Chris Wickham y que ha tenido un importante impacto internacional (del que también se ha hecho eco el medievalismo español), es de fundamental importancia para entender las distintas “transiciones” del feudalismo. Aunque el debate está lejos de agotarse, es importante reseñar la minimización de la originalidad del feudalismo occidental, o dicho de otro modo, la centralidad de esta manifestación histórica en un contexto más global. Las teorías de Haldon habrían servido bien a los fines de Goody que, no obstante, sí trata la imagen del “despotismo” oriental, y muy especialmente el turco, elevando el debate por encima de la tecnología o la politología. Aún así, la síntesis de Goody nos remite a realidades mucho más ricas y dinámicas que el denunciado eurocentrismo ha mantenido –y lo que es peor, mantiene– hacia Turquía y Oriente Medio. La perspectiva de Goody al respecto es hoy rara en Occidente. Nos queda, no obstante, el refugio de las poéticas imágenes que nos ofrece el juego de sosias entre Oriente –el *Maestro*– y Occidente –el *Esclavo*– que imagina Orhan Pamuk o el asombro de la mirada de Miguel Ángel sobre el Bósforo que glosa en otra novela Mathias Enard.

De hecho, en esta imagen dialógica y abierta del *Otro* oriental, encontramos las dos características definitorias del trabajo de Goody, al menos en un plano metodológico: la escala y el método comparado. Aunque la documentación de Goody es apropiada y demuestra, de nuevo, su gusto por el argumento detallado y por el dato bien trabado, lo cierto es que esta apuesta le hace alejarse necesariamente de una deseable profundización en algunos temas, por mucho que, insistimos, el tratamiento que hace de algunas teorías historiográficas sea óptimo.

En este sentido, el libro recuerda mucho al planteamiento de Adam Kuper a la hora de abordar la crítica de algunos de los popes de la antropología contemporánea, léase: Parsons, y sobre todo Geertz, Schneider y Sahlins¹. La crítica de

¹ KUPER, Adam: *Cultura: la versión de los antropólogos*. Barcelona: Paidós, 2008 (ed. or. inglesa de 1999).

Goody es menos acerada –y sarcástica– quizá por no estar juzgando como Kuper a sus compañeros de profesión sino a respetados historiadores que, en última instancia, no parecen víctimas de guerras departamentales sino de atávicos prejuicios etnocéntricos.

Otro elemento común subyace en las obras de Kuper y Goody: la necesidad de indagar en la particular genealogía del conocimiento científico occidental. Las tres tradiciones intelectuales europeas del siglo XIX –alemana, francesa y anglosajona– con que Kuper contextualizaba el origen de la antropología contemporánea, se encuentran más diluidos en el trabajo de Goody, quien alude expresamente a las divergentes teorías sociales de Marx y Weber, pero que en última instancia centra la segunda parte de su libro en el análisis de tres de los mejores representantes de las citadas tradiciones: Elias, Braudel y Needham.

La primera parte del estudio de Goody tiene este mismo enfoque pero trata de profundizar en el origen de esta –nuestra– trabada tradición intelectual. Para ello apunta con fineza a la absurda disociación que en la historiografía encontramos una vez superados los límites artificiales de la “Prehistoria”, concepto que en sí mismo es un oximorón. La primera pregunta que se hace Goody tiene que ver con el nacimiento de la “gran divergencia” en afortunada expresión de Pomeranz. Dicho de otro modo, por qué se separan las “Historias” de Occidente y de Oriente al final de la “Edad de Bronce”. Para la crítica historiográfica sobre el nacimiento de la Antigüedad Clásica Goody toma como hilo conductor la contestada teoría de Bernal sobre la *Atenea Negra*, aunque no agota el tema en ella.

Nada puede reprocharse a esta primera parte dedicada a la genealogía del conocimiento histórico de Occidente, y se agradece al autor que no caiga en innecesarias simplificaciones sobre la alteridad –que él percibe como un mecanismo universal– y muy especialmente a la manera excluyente de ver el mundo por parte de nuestros *padres* griegos, que queda en entredicho en varios sentidos pero especialmente en relación a su papel fundador de la civilización occidental. En su repaso por esta compleja historia comparada, Goody se centra en cuestiones más importantes, como la difusión de la tecnología y la ciencia, los intercambios culturales y comerciales entre Occidente y Oriente, el papel de centralidad histórica (que nunca tuvo el Occidente europeo antes del final de la Edad Media) y, en suma, las relativamente débiles bases materiales e ideológicas del “relato triunfante” –en también afortunada expresión de Peter Burke– del eurocentrismo: el cómputo por la era cristiana, la visión lineal de la Historia, el reloj mecánico, la imprenta, ciertos avances cartográficos, etc.

La segunda parte del libro aborda las valientes –aunque parcialmente fallidas– teorías de Needham, Elias y Braudel, “los historiadores más citados e influyentes”. Los tres comparten el uso de amplias escalas geográficas y temporales. Subyace también en ellos –como en Goody– la apuesta teórica por la *longue durée* que Braudel llevaría a cotas de paradigma historiográfico. Comparten también la atención directa a problemas antropológicos a los que muy pocos –Bloch y Febvre, pero no sólo ellos– habían prestado atención antes de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, Elias, Braudel y Needham comparten el recurso al enfoque comparado, lo que acerca sus respectivas obras a la sociología y a la antropología, precisa-

mente en el terreno en el que ha estado moviéndose Jack Goody en las últimas tres décadas. En este sentido, el presente libro no es otra cosa que un estudio de la genealogía del conocimiento de su propia formación –la del autor– centrando el hilo conductor de dicho análisis en el aludido eurocentrismo.

La bien sintetizada discusión nos lleva a otra cuestión de fondo: ¿hasta qué punto son comparables distintas “civilizaciones”? Goody es plenamente consciente del problema de método que se plantea aunque, en mi modesto juicio, sólo lo evita en los terrenos que mejor domina y a los que dedica la sustantiva tercera parte de su libro: la falsa primacía europea en aspectos como lo urbano, como la promoción del conocimiento y la ciencia, en la no menos falsa paternidad de valores como el humanismo, la democracia y el individualismo y, finalmente, en el “robo” europeo del amor (romántico). La teleología del eurocentrismo queda así firmemente desvelada.

En todo ello, Goody toma el hilo de anteriores investigaciones, particularmente las abordadas en *The East in the West* (1996) y en *Islam in Europe* (2004). Para cualquier antropólogo son de referencia ineludible sus trabajos de etnología africana, sus estudios culturales y sus continuados análisis sobre el impacto de la introducción de la escritura en contextos ágrafos. De sólida formación, Jack Goody nunca ha creído demasiado en las barreras departamentales que a tantos otros han cortado alas. Sus trabajos sobre la cultura de las flores, el sexo (y el amor) o la gastronomía son referentes de un contrastado rigor. Muchos de estos temas son recuperados en la tercera parte de este libro, y triunfa de nuevo allí donde trata las relaciones entre escritura y dominación, otro de sus temas de investigación más queridos, bien se refieran a la Grecia Arcaica o al África Occidental. Goody también se muestra cómodo cuando encuentra en las estructuras de parentesco un marco braudeliano para la comparación, una infraestructura si se quiere utilizar un recurrente concepto marxista, en cuya mejor tradición debemos ubicar a Goody. No podemos olvidar que es autor de una obra de referencia para cualquier historiador como su *Evolución de la familia y del matrimonio en Europa*. Gracias a estos trabajos Jack Goody ha llevado la “sociología comparada”, la antropología y la historia –si es que son algo distinto– a terrenos escasamente poblados.

Poner en jaque el eurocentrismo es la misión principal del libro de Goody. Su tesis es meridiana: el etnocentrismo no es un invento europeo, es más, es percibido como una tendencia casi inevitable de nuestro carácter humano. Cosa bien distinta es el eurocentrismo (*occidentalismo* lo llaman otros), esa suerte de *golem* ideológico cuyo sostén no radica en la débil materia que lo forma, sino en el histórico –aunque reciente y posiblemente temporal– *dominium mundi* protagonizado por Occidente. Aquí nuestro autor parece compartir con Sahlins la certeza de que “nuestra expansión cultural por el planeta ha hecho de nosotros el más provinciano de los pueblos”², y por ello no es extraño el esfuerzo de Goody por “provincializar” Europa (Occidente) en una escala global y milenaria.

² SAHLINS, Marshall: “La Ciencia Social o el sentido trágico occidental de la imperfección humana”. *Fundamentos de Antropología*, 1992, 1, p. 23.

Contra el eurocentrismo y cualquier otra impostura cultural Goody apuesta por una “postura más crítica” ante la realidad, una postura definida por el escepticismo, no poca humildad científica, y también un planteamiento relativista sobre la totalidad del hecho histórico que nos reúne a todos los que formamos eso llamado Humanidad.

Arsenio Dacosta